Sabrina Catdoor Alberto Expósito

# Magicanguros

## El torreón embrujado



edebé


Magicanguros

Sabrina Catdoor Alberto Expósito

# Magicanguros

## El torreón embrujado

edebé

Un proyecto de Tormenta
www.tormentalibros.com
© del texto: Sabrina Catdoor, 2025
© de las ilustraciones: Alberto Expósito, 2025
Color de Judit García Rivero

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Primera edición, octubre 2025

ISBN: 978-84-683-7439-0
Depósito legal: B. 8142-2025
Impreso en España / Printed in Spain

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

PEFC/14-38-00352 www.pefc.es

*Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Magicanguros



Atendemos todas las necesidades para el cuidado de tus pequeños, con un toque de magia.



*

También cubrimos fiestas de cumpleaños, acompañamiento en visitas al zoo, ayuda con los deberes, cuentacuentos...

¡PRECIO A CONVENIR!

Información y encargos: contactar con Sam Nagual, tercera ventana sobre el manzano, calle Ptolomeo, Sorledo.

O por bola de cristal, código V3RRUGASYS4POS (a partir de las 17:00).



# Capítulo 1
# Carámbanos

Nevaban copos densos y abultados en Sorledo. Los tejados, los jardines y las calles se habían cubierto de una capa blanca y, dentro de las casas, los vecinos encendían chimeneas y estufas.

Sam, subida en su cabaña del árbol, practicaba un nuevo hechizo. Agitó la varita y pronunció las palabras mágicas:

—¡Calefacción!

Un halo dorado y cálido envolvió a Sam durante unos segundos y siguió expandiéndose por la casita sin paredes del manzano como un anillo de humo, hasta que desapareció entre las ramas cubiertas de nieve.

En ese momento, la señora Nagual se asomó por la ventana de la cocina.

—¡Sam, deja de jugar con la caldera! ¡Vas a hacer que suba la presión!

—¡Pero, mamá, mis amigas llegarán enseguida y, con el frío que hace, nos vamos a congelar aquí fuera!

—¡Está nevando! Sam, haz el favor de entrar en casa.

De hecho, no solo nevaba, sino que, durante la noche, se habían formado carámbanos en los alféizares de las ventanas y las cornisas de los tejados, y con cada ola del hechizo de Sam, nuevos carámbanos, cada vez más gruesos, se descolgaban del tejado trenzado de la cabaña creando el efecto de paredes de hielo.

Sam bajó refunfuñando y saltó sobre la capa mullida de nieve del jardín cuando Evi, su vecina vampira, asomó por la puerta.

—¡Ahí va! ¡Has puesto muros de hielo en tu casa! ¡Parece de cristal! —A Evi le encantaban todas las cosas delicadas y frágiles.

—Es el hechizo de **¡Calefacción!** que no me sale —explicó la bruja—. Y no sé por qué. Cuando

lo probé en mi habitación, funcionaba perfectamente.

Sam era especialmente habilidosa creando hechizos para facilitar la vida doméstica. Había elaborado uno para soltar las manzanas del árbol sin que se golpearan y otro con forma de huracán para aspirar el suelo. Aunque, en su última aventura, el huracán aspirador había ocasionado la aparición de un trasgolillo en el salón de la casa en la que vigilaban una fiesta de pijamas. Sam y sus amigas habían fundado Magicanguros, y ofrecían sus servicios cuidando niños en Sorledo y los pueblos de los alrededores. Todas juntas habían derrotado al trasgolillo y habían liberado a la familia de una maldición centenaria.

La voz de la señora Nagual llegó otra vez desde su despacho:

—¡Sam, lleva a tus amigas a tu habitación! La escalerilla de la casa del árbol está cubierta de hielo.

Evi aún no se había quitado las botas cuando Marita y Lola llamaron a la puerta. Marita era un hada

de los bosques y Lola, una licántropa. Llegaban juntas porque Lola otra vez había perdido el autobús y el padre de Marita había parado a recogerla al entrar en Sorledo.

—¡Vaya pedazo de nevada! —exclamó Lola agitando el gorro y salpicando de nieve toda la entrada.

—Los petirrojos de mi jardín están ocultos en sus nidos entre las hojas del acebo —añadió Marita—. Tienen tanto frío que no se atreven a salir.

—¡Vamos a ver las luces! —propuso Evi—. En Villa Sanguina apenas ponían un par de estrellas en el centro de la plaza, pero aquí ¡todo el centro está iluminado!

—¡Y acaban de inaugurar el mercadillo de invierno! —informó Sam.

—Sería estupendo conseguir unos guantes nuevos. —Lola miró los suyos—. Estos los he heredado de Leo y, por más que los lavo, me parece que siguen oliendo como él.

—¿En serio? —soltó Evi sin pensar, y según lo dijo, se mordió los labios.

Por suerte, su comentario pasó desapercibido y sus amigas ya estaban sumidas en otra conversación.

—El puesto de la bruja Mandrágora todos los años trae sustancias que son prácticamente inaccesibles en Sorledo —explicó Sam—: espinas de rosal manchadas con sangre de quimera…

—¿Y para qué quieres eso? —interrumpió Lola—. Yo no me gastaría mis ahorros en espinas manchadas de sangre, la verdad.

—Las espinas sirven para hacer injertos en otras plantas. Así he conseguido que mi rosal dé margaritas —explicó Marita.

—… Lágrimas de las estatuas de las Cataratas Sinfín… —continuó Sam.

—¿Lágrimas? —Lola abrió la boca alucinada—. ¡Venga ya! ¿Te vas a gastar los ahorros en lágrimas?

—Son para las galletas de limón —aclaró Evi—. Echas unas gotas, y el sabor se hace tan intenso que te dan ganas de llorar.

—… E incluso orbes de cristal, tan delicados, que pueden contener un copo de nieve intacto en su interior durante años —concluyó Sam.

—¡Orbes de cristal con copos de nieve! ¡Me encantan, me encantan, me encantan! —Evi estaba maravillada.

—¡Bah! ¡Seguro que los miro, y se me rompen enseguida! —replicó Lola—. Yo prefiero comerme unas patatas con queso.

—¿Cuántos ahorros tenemos? —preguntó Evi.

El negocio de Magicanguros no solo les aseguraba diversión los fines de semana, sino también ganancias propias que podían gestionar para salir a cenar o comprarse aquellas cosas que les interesaran.

Marita, como buena tesorera de Magicanguros, llevaba las cuentas de los ingresos y los gastos. Sacó la bolsa en la que guardaba las monedas de plata, los recibos y el cuadernito con las notas. Pasó varias páginas y, tras examinar los números despacio, dijo:

—Si dejamos diez monedas de plata para imprevistos, todavía nos quedan cinco para cada una, ¿qué os parece?

—¡Perfecto! —respondió Lola, que siempre iba más pelada—. Con eso me da para unos guantes. Estos, que se los quede Lobato.

Sam cogió su sombrero de invierno, del que descolgaban dos orejeras de colores a ambos lados, Lola se volvió a colocar el gorro, y Evi y Marita se arrebujaron en sus abrigos.

Sorledo se preparaba para las fiestas de invierno, y las Magicanguros iban a aprovecharlas al máximo.

